FLACSO
CHILE
Biblioteca

G239ni
DT/EP.18
c.1

Documento de Trabajo
FLACSO - Programa Chile
Serie Estudios Políticos Nº 18
Santiago, Enero de 1992.

14.729

BIBLIOTECA
FLACSO
SANTIAGO

S E R I E
Estudios Políticos

435.-

*NI TANTO NI TAN POCO. CAMBIO Y CONTINUIDAD EN LA POLITICA CHILENA**

Manuel Antonio Garretón

* *Comentario al trabajo de Roberto Méndez, "Nuevas dimensiones de la política chilena", a ser publicado por la Revista Estudios Públicos. Trabajo hecho en el marco del proyecto "Evolución de demandas y políticas sociales en un contexto de democratización", que el autor dirige en FLACSO-Chile.*

Esta serie de Documentos es editada por el Programa de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), en Santiago de Chile. Las opiniones que en los documentos se presentan, así como los análisis e interpretaciones que en ellos se contienen, son de la exclusividad de sus autores y no refleja necesariamente los puntos de vista de la Facultad.

RESUMEN

Se critica la argumentación de la pérdida de interés en la política, de no vigencia de las opciones de izquierda-centro-derecha y de su reemplazo por dimensiones ajenas a la política. Se examinan las diversas orientaciones de tradicionalismo y modernidad y los nuevos ejes temáticos que redefinen el conflicto social, de modo de concluir que ni hay pérdida de relevancia de la política ni término de las opciones clásicas, sino redefinición del contenido de la política y de las ofertas políticas en relación a tales orientaciones y ejes.

Los argumentos del debate y su crítica

En el último tiempo se ha suscitado un debate sobre los cambios que experimenta la política chilena. Este debate ha estado marcado, a mi juicio, por tres argumentos1/.

El primero se refiere a que hay un creciente desinterés por la política y un distanciamiento entre la política y la gente. Para algunos esto es un signo peligroso, pues conduce a la apatía, abstencionismo electoral y, por lo tanto, posibles re-emergencias autoritarias o populistas de tipo mesiánico que rompan el desencanto y vuelvan a darle un sentido heroico a la política. Para otros, éste sería un signo más bien de sanidad y modernidad. Se habría terminado la serie de décadas en que la política absorbía casi toda la vida social, con proyectos revolucionarios o globalizantes desde todos los puntos del espectro político, y después de los grandes conflictos que desgarraron la sociedad chilena y los grandes enfrentamientos, con el advenimiento de la transición habríamos entrado en la etapa de la "normalidad" en que la gente ya no se interesa por los "macro conflictos" sino por los "micro conflictos" y por sus

---

1/ Muchas de las ideas que aquí expondré han sido desarrolladas en el marco del proyecto "Evolución de demandas y políticas sociales en un contexto de democratización" que dirijo en FLACSO y en el que participan Tomás Moulián e Irene Agurto. Utilizaré en este trabajo como referencias básicas el estudio de Roberto Méndez publicado en este mismo número "Nuevas dimensiones de la política chilena" y los textos siguientes por él mismo citados: M. Kluggman, "La paradoja de la mayoría electoral. ¿Dónde está el centro?" (Estudios Públicos, 42, otoño 1991); L. Santa Cruz, "Tendencias de largo plazo: modernidad y tradicionalismo" (Libertad y Desarrollo, Año 1, No.3, Septiembre 1991); E. Tironi, "La nueva época" (El Mercurio, 10 Octubre 1991). Los datos de encuestas de opinión pública adicionales al trabajo de Méndez mencionado, están tomados del informe de CEP-Adimark, "Estudio social de opinión pública" (mimeo, Octubre 1991).

problemas personales, familiares o grupales, "cotidianos", los que desliga de la política.

El segundo se refiere a que las tradicionales o clásicas opciones políticas que dividieron a los chilenos, "derecha", "centro", "izquierda", ya no darían cuenta de las preferencias políticas de la población ni expresarían los fraccionamientos, clivajes o conflictos que separan o dividen a los chilenos. De este modo, habría un reforzamiento de la distancia entre la política o los políticos y la gente, por cuanto los primeros persistirían en sus antiguas fragmentaciones cuando la gente "está en otra". Así también, el tradicionalismo político llevaría a los polos de derecha o izquierda a desplazarse hacia el centro, cuando esta categoría ya habría perdido su sentido.

Estrechamente vinculado al anterior, hay un tercer argumento que señala que han surgido nuevos temas o dimensiones que reemplazarían los temas y fragmentaciones tradicionales, por cuanto recorren y cruzan todo el espectro de opciones clásicas, haciéndolas irrelevantes. El principal tema o la principal nueva dimensión que demarcaría la nueva correlación o los nuevos alineamientos políticos y en torno a los cuales se definiría la política del futuro, sería el eje modernidad-tradicionalismo, cuya conceptualización o permanece implícita o alude a la identidad y confusión entre la modernidad y ciertos instrumentos, como el mercado u otros.

Desinterés de la gente por la política, desaparecimiento o irrelevancia de las categorías de derecha, centro e izquierda, y surgimiento de problemas y mecanismos instrumentales que reemplazan las opciones políticas, configuran, a mi juicio, los elementos de una nueva ideología globalizante, más sutil pero igualmente peligrosa que los ideologismos de los sesenta. Se trata de la ideología de una clase política o dirigente que identifica su ascenso, influencia o poder, con la vieja utopía de la normalidad y del "ahora sí podemos enfrentar el futuro de nuestra sociedad porque somos modernos y consensuales".

Pienso que el debate ha sido mal planteado, reemplazando la precisión argumental o los datos empíricos por la expresión de deseos, el traslado de modelos políticos de otros países, o, lo más frecuente, la formulación de esta ideología de la modernidad y del fin de la política, como si hubiera un solo tipo de modernidad y como si ésta no fuera parte de las grandes opciones políticas.

En este sentido, creo que el largo trabajo de encuestas de opinión pública de CEP-Adimark, de CERC y otras instituciones, y, más precisamente el trabajo de Roberto Méndez sobre "Nuevas Dimensiones de la Política Chilena", aportan un conjunto de evidencias y abren la posibilidad de explorar este problema sin ideologismos. En síntesis, creo que tales evidencias refutan en

forma contundente los tres argumentos señalados y obligan a replantear aspectos conceptuales y metodológicos de la discusión. Porque es cierto que hay cambios significativos en la política y el modo cómo la gente se relaciona con ella y con los actores políticos, sólo que tales transformaciones no van en el sentido de los argumentos reseñados y apuntan a otra explicación e interpretación.

Así, no me parece que haya ningún conjunto serio o consistente de indicadores que prueben que hay pérdida de interés por la política. Hay aquí una cuestión metodológica involucrada. Se usa en esta argumentación generalmente los datos extraídos de una pregunta directa sobre el interés personal en la política y se concluye que hay una tendencia a la pérdida de interés. El primer error es interpretar este dato en términos de tendencia, cuando lo que las series temporales disponibles muestran es ninguna tendencia consistente y, en cambio, un alto grado de fluctuación, el que guarda bastante relación con la existencia de coyunturas frías o calientes. Para ponerlo con una ilustración fácil: si el día o los días cercanos a la disputa por Colo-Colo de la Copa Libertadores o en la semana del mundial de fútbol, Ud. pregunta directamente por el grado de interés en el fútbol o el deporte, va a obtener un porcentaje muy grande de alto interés, lo que varía si Ud. hace la misma pregunta en fases de total inactividad del fútbol o el deporte espectáculo. Si pregunta por interés en la política en momentos de conflictos intensos o de

elecciones, es obvio que va a obtener un porcentaje alto de interés en relación a lo que obtendría en coyunturas carentes de toda actividad política. Pero, el error más importante, a mi juicio, es intentar desentrañar el interés de la gente por la política a través de preguntárselo directamente. Recuerdo que cuando una encuesta de FLACSO preguntó directamente a la gente por la importancia que le daba al problema de Derechos Humanos en tiempos del régimen militar en relación a una serie de otros problemas, el grado de interés en el tema fue sorprendentemente bajo. Pero el mismo Roberto Méndez comprobó tiempo después que uno de los dos temas más relevantes en la decisión de la gente en el plebiscito de 1988 fue, precisamente, el tema de los derechos humanos. Lo que quiero apuntar es que el interés por la política no debe ni puede medirse a través de la pregunta directa por el interés personal en ella.

Sin salirnos del método de las encuestas de opinión pública, hay una serie de indicadores indirectos que permiten auscultar el interés por la política y cuyos resultados van en la dirección opuesta a la afirmación de pérdida de interés por la política. Utilizando los datos de la encuesta CEP-Adimark, desde Junio de 1990 a Octubre de 1991, nos encontramos con que siempre más del 60% de la población se autodefine en el espectro derecha-centro-izquierda, siendo el promedio de personas que no se autodefine de menos de un tercio, y siendo el procentaje en esta categoría inferior en Octubre de 1991 al de hace un año. A su vez, ¿se

puede hablar simplemente de desinterés por la política en un país en que, con la excepción de Julio de 1991, nunca más de un tercio deja de adherir a algún partido político, en que el promedio de adhesión a algún partido en el período es de más del 70% y en que el porcentaje de gente que adhiere a algún partido es el mismo en octubre de 1991 que un año atrás, es decir, 80%? Más aún, si la gente identifica como problemas más importantes algunos temas nuevos y, al mismo tiempo, piensa que el gobierno es responsable de su solución (como ocurre con la seguridad ciudadana, la contaminación, la delincuencia, etc.), ¿no está manifestando su interés por la política y haciéndole nuevas demandas?

Dicho de otra manera, no hay un alto interés por la actividad política propiamente tal en coyunturas frías, pero sí se mantiene el interés por los problemas de los que trata la política y por los resultados de la acción política. En tal sentido, no hay mucha diferencia con la economía. Si Ud. pregunta a la gente por su grado de interés en la tasa de cambio, en la balanza de pagos, en el nivel de crecimiento del producto, en el equilibrio entre los distintos tipos de exportaciones, etc., probablemente no obtenga un resultado de altos procentajes de interés. De ahí no puede deducirse que la gente no tiene interés en la economía.

Que las opciones de derecha- centro-izquierda siguen siendo significativas parece deducirse también de los datos reseñados más arriba. Vale la pena recordar que no se trata aquí de una

dimensión, sino de la cristalización de un conjunto de dimensiones de la acción colectiva y política: la dimensión propiamente política, la económica, la social2/ y la cultural. Un cambio en la importancia relativa de cada una de estas dimensiones o un reposicionamiento de elementos dentro de cada una de ellas, es algo que permanentemente está ocurriendo en la sociedad, pero que sobre todo se hace presente después de un gran cambio social o político, como cuando se pasa de un régimen político a otro. Por lo tanto, es normal que en períodos de redefinición de nuevas cristalizaciones, los actores políticos se reubiquen en relación a estas dimensiones o que pudiera percibirse un relativo distanciamiento o indiferencia de la gente frente a actores que en distintos puntos del eje derecha-izquierda, están redefiniendo sus posiciones de contenido en torno a estas dimensiones. Lo que llama la atención, por el contrario, es que este porcentaje de indiferencia o distanciamiento sea tan bajo en comparación con otros contextos o países.

Y es que las opciones de derecha, centro e izquierda, si bien son grandes configuraciones de principios y orientaciones en las esferas política, económica, social y cultural, no son simples entelequias flotantes, sino que se expresan y manifiestan en organizaciones y actores políticos que normalmente llamamos

---

2/ En este sentido, llama la atención que el tema de la igualdad, eje clásico de división entre derecha, centro e izquierda, no sea objeto de medición específica en las encuestas como uno de los elementos con los que cada uno de estos polos se identifica.

partidos políticos. Cuando el sistema de partidos es débil o los partidos que lo constituyen lo son, las opciones de derecha-centro-izquierda, no encuentran referentes precisos en tales partidos. Y entonces se anda buscando al actor que encarne los principios de cada una de estas opciones. No es el caso chileno, donde existe, pese a todo, un sistema cristalizado de partidos que se ubican muy precisamente en el espectro o continuo de derecha-centro-izquierda. Y por eso cuando se mencionan estas opciones, en general, la gente las identifica con sus referntes partidarios, es decir, sabe a qué se refiere concretamente el polo derecha, el polo centro y el polo izquierda. Además, en el caso chileno existe claramente delimitada una opción partidaria de centro: el centro no es en este país un punto intermedio de un continuo, sino que siempre ha tenido una identidad organizacional o institucional. Así, cuando la gente dice centro hoy, está diciendo Democracia Cristiana y algún otro partido. De ahí que quienes provienen de contextos en que el "centro" no existe como cristalización partidaria propia, no entiendan bien el sistema político chileno se pregunten ¿dónde está el centro? y hablen de "crear" un centro3/. Es cierto que entre las grandes orientaciones que definen la posicionalidad de derecha-centro-izquierda, y sus referentes partidarios, hay tensiones y distancias. Ello es una regla general en la relación entre, por

---

3/ Este es el error que a mi juicio comete Klugmann cuando usa los casos norteamericano o inglés para aplicarlos al caso chileno, países donde no hay partidos fuertes e identificables de "centro" y donde las políticas de Thatcher o Reagan no son intentos de un nuevo centro como él dice, sino nuevas opciones de derecha en busca de electorados no tradicionalmente derechistas. (Ver su artículo citado).

un lado, una orientación o principio, con, por otro lado, una organización o institución. Así, no siempre el referente organizacional aparece expresando transparentemente la orientación que dice encarnar. Pero tales tensiones o distancias son menores y menos fluctuantes en el caso chileno que en otros contextos, dado el alto grado de estabilidad de la cristalización partidaria que históricamente ha habido aquí.

Tampoco puede afirmarse con alguna evidencia empírica que hay nuevos problemas o dimensiones que hacen obsoleta o irrelevante la opción derecha-centro-izquierda. En tal sentido, el trabajo de Roberto Méndez sobre "Nuevas dimensiones en la política chilena", no obstante que puedan presentarse algunos problemas metodológicos en la definición de las dimensiones y en la relación entre ellas y las preguntas con que se miden4/, me parece concluyente en tres aspectos: a) La clasificación derecha-centro-izquierda, aunque con superposiciones y variaciones, se relaciona con tres de los cuatro factores o dimensiones que se están analizando (estos cuatro factores son "estatismo", "conservadurismo-innovación", "participacionismo-individualismo" y "autoritarismo"), y en el caso del factor con que no se relacionan (participacionismo), pienso que se debe a la debilidad

---

4/ Por ejemplo, creo que no puede preguntarse por "planificación" del Estado, sino por "regulación u orientación" del Estado; que no debe preguntarse por la imposición "del Estado" en materia de normas morales, sino "de la sociedad"; que en vez de preguntar por deseo de participación en organizaciones comunitarias, habría que incluir todo tipo de organización, y, sobre todo, preguntar por el grado de participación efectiva; que la denominación de los factores "conservadurismo" y "participacionismo", dados los indicadores que se usan, no son las más adecuadas para dar cuenta de lo que se está midiendo.

del indicador que se usa para medir la variable. b) Los públicos de derecha o de RNNUDI con los de centro o DC y los públicos de centro e izquierda se diferencian todos ellos entre sí significativamente en los cuatro factores analizados. c) Los públicos de los diversos partidos de derecha no se diferencian entre sí en ninguna de estas dimensiones, del mismo modo que los públicos de los partidos PSNPPD no se diferencian entre sí en ningún factor. En síntesis, si se consideran éstos los nuevos factores o dimensiones de la política, la clásica diferenciación derecha-centro-izquierda da cuenta de ellos según los datos de esta investigación. Las variaciones y superposiciones pueden ser explicadas por los aspectos de plasticidad de la época actual a la que nos hemos referido más arriba.

La cara invisible del iceberg

La crítica hecha aquí a los argumentos sobre la pérdida de interés en la política o sobre la desaparición de las categorías tradicionales de la política, no implican, en ningún caso, decir que nada ha cambiado, que todo sigue igual, que no hay problemas de representación y que todo va bien en la relación política y sociedad. Por el contrario, creo que hay problemas y transformaciones profundas en esta materia, sólo que los argumentos reseñados y criticados apuntan en la dirección inadecuada y son formulados ideológicamente.

De modo que pienso que hay que replantear el problema y, en forma tentativa, voy a señalar algunas sugerencias analíticas y metodológicas para ello.

Partamos de lo ya dicho en relación a la fuerte cristalización partidaria o del sistema de representación política que ha caracterizado a nuestro país en buena parte de este siglo. Como ha sido frecuentemente señalado, tal cristalización dio origen a partidos que asemejaban sub-culturas o modos de vida donde se fundía diversas dimensiones de la vida individual y social en la única dimensión partidaria. Así, la sociedad tendía a ser unidimensional porque era básicamente política y, a su vez, la política tendía a una multidimensionalidad totalizante5/.

Esta particular configuración de la política chilena se ve afectada en los últimos años por un doble movimiento.

Por un lado, hay dimensiones nuevas que se incorporan a la política, como los temas de delincuencia o seguridad ciudadana, medio ambiente, relaciones de género, familia, etc. frente a las cuales los actores de derecha, centro e izquierda, no han definido aún opciones claras.

5/ Una ilustración de ello es que la respuesta clásica en las relaciones sociales a la pregunta ¿qué tal es esta persona? era en términos de su ahesión partidaria.

Por otro lado, inversamente, hay dimensiones nuevas que estaban confundidas con la dimensión política y que parecen adquirir consistencia propia y relativa autonomía respecto de ésta.

Un primer nivel de estas dimensiones, cuya correlación con las opciones de adhesión política no han sido suficientemente exploradas el último tiempo, es el que se refiere a variables independientes nuevas de tipo "objetivo" que pueden ser tan significativas en la determinación de actitudes y comportamientos como lo han sido hasta ahora el nivel educacional y la autoidentificación en el espectro derecha-centro-izquierda. Ambas son productos de las transformaciones estructurales e institucionales vinculadas a procesos de modernización parcial y desigual en los últimos años. La primera es ya no el nivel educacional alcanzado, sino el tipo de establecimiento en cada uno de los niveles educacionales. En la medida que aumenta la cobertura del sistema y que se ha producido una diversificación y fragmentación en cada uno de los niveles educacionales (básico, medio y superior), y en la medida que la variable educacional siga siendo tan significativa como hasta ahora, la discriminación más relevante provendrá quizás no tanto de los años de educación sino de dónde se realizó tal educación. La segunda es la estratificación social, afectada por la primera pero también por los drásticos cambios producidos en el sistema ocupacional y en la percepción subjetiva de a qué clase social se pertenece. Creo importante explorar estas dos dimensiones que son clásicas pero

cuya relación con la autoidentificación, opinión y comportamiento políticos, puede estar redefiniémdose.

Otro nivel de dimensiones que pueden estar adquiriendo autonomía de la política, abarca algunas orientaciones "subjetivas" o "culturales" que guían la acción social o colectiva. Me detendré en dos de ellas.

La primera es la que se ubica en el tema tan socorrido de la modernidad o en el eje tradicionalismo-modernismo. Pero debemos complejizar un poco este tema y apartarnos de tanto lugar común al respecto. Porque no se trata de un eje simple y dicotómico. No hay "un" tipo de tradicionalismo como no hay un solo tipo de modernidad6/.

Respecto de las orientaciones tradicionales, hay al menos dos tipos. Uno es el tradicionalismo de carácter "integrista" basado en convicciones y cosmovisiones tradicionales, cercano a concepciones fundamentalistas de la vida social. Otro es el tradicionalismo "convencional", donde la acción se guía por la rutina o el hábito, sin que necesariamente haya una opción valórica. En ambos casos está la visión de un orden metasocial,

---

6/ En una investigación en curso en la que participo junto a Roberto Méndez y Marta Lagos, hemos intentado diseñar un instrumento de medición que nos permita distinguir entre tradicionalismo y los dos tipos de orientación hacia la modernidad a que me referiré. En otra investigación en curso que realizo junto a Tomás Moulián e Irene Agurto, estamos intentando diferenciar los dos tipos de tradicionalismo a que aludo en este texto y los dos tipos de modernidad. En ambos casos estamos tratando de ver la correlación con las opiniones, actitudes y comportamientos políticos. Sobre los tipos de modernidad, ver A. Touraine Crise de la modernité (mimeo 1990).

inmutable; pero en un caso se cree en ese orden y se lo defiende "religiosamente", en el otro caso se le perpetúa por simple conformismo. Y estas dos vertientes del tradicionalismo atraviesan las diversas opciones ideológico políticas, de modo que es posible encontrar la orientación integrista y la convencional en varios puntos del espectro y en diferentes partidos. Lo más probable sí es que haya una combinación de tipos de tradicionalismo, y también de tipos de modernidad, según las diversas dimensiones de la vida social y que los "tipos puros" que cruzan todas las dimensiones (economía, religión, familia, política, cultura, trabajo, etc.) sean escasos.

No hay tampoco un solo tipo de orientación a la modernidad. Y ello porque no hay una sola modernidad, sino, como lo ha recordado Octavio Paz, cada sociedad tiene su propia modernidad. En este sentido, es un error la identificación de la modernidad con un proceso histórico determinado de modernización. Más grave es identificarla con un determinado instrumento que puede o no ser factor de modernidad, según el contexto histórico de que se trate. Así, el mercado no es per se un elemento de modernidad, como tampoco el Estado o el populismo están identificados a una mentalidad tradicional. Hay sociedades en que el Estado impulsó el acceso a la modernidad, o, en las que el populismo fue el factor determinante de su modernidad en cierto momento histórico, como es el caso de varias sociedades latinoamericanas.

Tampoco puede identificarse la modernidad con una sola de sus vertientes, la de la racionalidad instrumental, el iluminismo, el predominio de la razón, la ciencia y la técnica, el cálculo, los grandes relatos o la ilusión del progreso. Incluso los países que vivieron modernizaciones endógenas, han conocido siempre la presencia de fenómenos que pertenecen a otra vertiente de la modernidad. Nadie podría negar que, por citar sólo dos ejemplos, el romanticismo y el surrealismo se instalaron en el centro de la modernidad, pero no desde la razón, sino en contradicción con ella y desde la vertiente de la racionalidad expresiva y comunicativa (la emoción, el afecto, la comunicación simbólica, la pasión, la creatividad no tecnológica, etc.). Podrá esta vertiente haber sido subordinada a la racionalidad instrumental, podrá ésta última haber agotado parte de su predominio en el mundo contemporáneo, pero ambas constituyen el núcleo indisoluble de la modernidad: la expansión del sujeto, individual y colectivo, la afirmación de la construcción de la propia historia antes reservada a los dioses o a un orden inmutable. Y esta afirmación del sujeto y de la construcción histórica se puede hacer desde Descartes y la razón instrumental o desde el Quijote, y la racionalidad expresiva o comunicativa, como dirían Kundera o Habermas. Y probablemente la modernidad latinoamericana sea uno de los modelos donde se da más compleja y fuertemente esta combinación.

Toda esta disgresión es para fundamentar que podemos distinguir dos tipos de orientación a la modernidad y que en la práctica ella sea el resultado de una combinación diferencial de estos dos tipos: hay una de tipo instrumental y hay otra de tipo expresivo. Y el análisis de la modernidad no puede ser simplista, sino que debe captar en la realidad empírica la complejidad de estas diversas orientaciones. Porque, de nuevo, ellas cruzan al espectro de opciones políticas constituídas, no en el sentido de hacerlo desaparecer como creen algunos, sino en el sentido de replantear sus ofertas a una población que se ubica de modo diferenciado en relación a estas orientaciones, y que hace de ellas un aspecto importante de su acción individual y colectiva, como es el caso de la juventud.

La segnda nueva dimensión es la que se refiere a un eje emergente de la acción colectiva. Los posicionamientos izquierda-centro-derecha, se han opuesto históricamente sobre todo en torno de los temas de libertad e igualdad y de la proyección internacional de estos principios (luchas por la independencia o liberación nacional), es decir, en el modo cómo resolvían en los diversos campos y ámbitos la ecuación entre estos dos principios y cómo definían los sujetos y adversarios en cada uno de estos ejes.

Pues bien, no se han resuelto los grandes dramas de la libertad y

la igualdad y la acción colectiva y los conflictos siguen definiéndose en parte en torno a estos dos principios o ejes.

Pero, por un lado, cada uno de estos ejes se autonomiza, se tecnifica y complexifica, de modo que la resolución en uno no implica la resolución en el otro. Es decir, deja de haber ideología global que resuelva a la vez los problemas de igualdad y libertad, con lo que las políticas y opciones para enfrentarlos son más complejas, parciales y ambivalentes.

Y, por otro lado, como he tratado de mostrar en otros trabajos, emerge en nuestras sociedades y en la chilena un nuevo principio de la acción colectiva, no reductible a los dos anteriores, cual es la lucha por la autorrealización y la felicidad y contra las alienaciones, presente en las aspiraciones, a la vez individuales y colectivas, en relación a la pertenencia, el medio ambiente, las relaciones de género, familiares e inter o intrageneracionales, etc. No se terminan las viejas aspiraciones colectivas enmarcadas en los principios de igualdad y libertad, pero se superpone a ellas este nuevo principio de acción social.

Nada de ello puede ser calificado como de micro conflicto, ajeno a la política. Pero, como lo han mostrado expresiones parciales de este nuevo principio, entre las que se pueden contar, entre otros, los movimientos ambientalistas, de mujeres o juveniles, este nuevo eje temático es mucho más ambiguo en términos de

definición de instrumentos, utopías, sujetos portadores, adversarios, formas de acción colectiva, proyección internacional. Y evidentemente no se agota en la política, lo que añade ambiguedad y complejidad a ésta. Además de articularse con los principios clásicos de libertad e igualdad, este principio define más tensiones, aspiraciones, proyectos parciales, que fraccionamientos y conflictos.

Las opciones políticas estructuradas en torno a los antiguos ejes, que no han desaparecido pero se redefinen, encuentran dificultades y deben experimentar para asimilar esta transformación. Por supuesto que habrá opciones de derecha, centro, e izquierda frente a los diversos aspectos de este eje temático y su combinación con los antiguos, pero ello es materia de un largo proceso de aprendizaje.

Conclusiones

Además de importantes transformaciones estructurales e institucionales ocurridas en los últimos años, en relación a las diversas orientaciones en torno a la tradicionalidad y la modernidad, por un lado, y a la redefinición temática del conflicto social, por otro, no están aún integramente estructuradas las opciones y ofertas políticas de derecha, centro e izquierda, y, por lo tanto, las opciones partidarias.

Pero, como hemos intentado mostrarlo a lo largo de estos comentarios, ello no significa ni que la política haya perdido relevancia, sino que se redefine en su contenido y formas de expresión, ni que, en el caso chileno, la distinción derecha-centro-izquierda, haya perdido vigencia, sino que, por las razones anotadas, estamos en un período plástico, transitorio, donde ellas redefinen su sentido y sus ofertas incorporando nuevas dimensiones que nunca se agotarán exclusivamente en la política.